

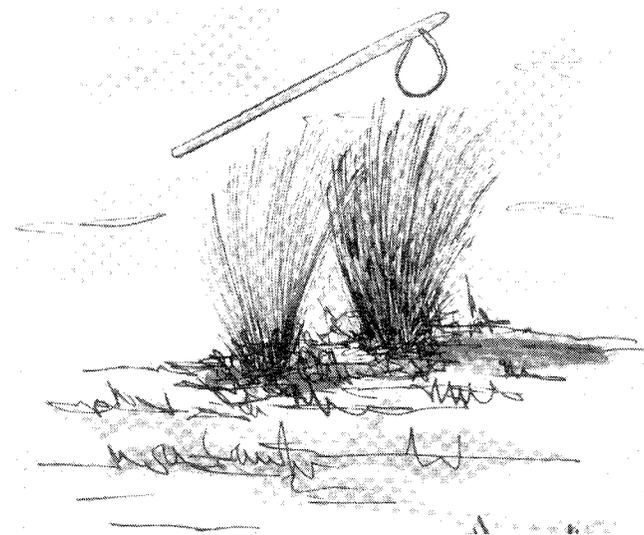
LOS ESPARTEROS



El esparto es una planta fibrosa de las familias de las gramíneas, llamada científicamente "Stipa tenacissima", que cubre gran parte de los montes y terrenos incultos de esta comarca, en tan notable abundancia que ya los romanos distinguieron esta porción del sureste de la Península con el sobrenombre de Espartaria.

El esparto tuvo en la antigüedad una importancia enorme como fibra textil de intenso consumo para infinidad de usos, y como fibra exclusiva en toda la cuenca mediterránea para la confección de cordelería de todo tipo, y de modo especial para jarcias de navegación. En este empleo ha perdido últimamente su papel preponderante, debido a la competencia de otras fibras más resistentes, tales como el cáñamo, el sisal, el abacá y el yute, pero sigue manteniendo un papel muy destacado en otros muchos usos y, de modo especial, como fibra única para todas las necesidades de la agricultura en la comarca donde vegeta.

Es tan intenso y variado el uso que los campesinos de esta zona hacen del versátil esparto que resulta difícil imaginar cómo podrían arreglárselas



sí no contaran con el valioso auxilio de esta planta que se ofrece generosa en todas partes. Es asombrosa la cantidad de aplicaciones que tiene en manos de los campesinos.

A la planta del esparto se le llama atocha, y al conjunto de atochas sobre una porción de terreno se le llama espartizal. Es evidente que casi todos los espartizales que tapizan de verde oscuro las resacas tierras del sureste son espontáneos, como lo acredita el hecho de que ya existían en tiempo de los romanos, y no cabe imaginar que los primitivos pobladores ibéricos tuvieran la ocurrencia de plantar tantos millones de atochas como existen. No obstante, hay espartizales plantados por el hombre en época moderna, pero éstos son escasos y se distinguen al primer golpe de vista por la simetría de las atochas, plantadas en línea y a distancia regular unas de otras, mientras que las atochas de vegetación espontánea se desarrollan en la más completa anarquía de espacios.

La importancia que el esparto ha perdido en el último medio siglo, como fibra de aplicación a la cordelería, la ha ganado con creces como fibra

aplicable a la fabricación de papel, de tal modo que su interés industrial y su valor económico sigue en pie, y por ello resulta muy compensador recolectarlo. Se exportan muchos miles de toneladas cada año.

Al aprovechamiento del esparto, a pesar de ser una gramínea, no se le llama cosechar, sino “coger”, porque hay que cogerlo a mano, tirando de los espartos a puñados, sin otro instrumento que las manos y una varilla de hierro (o de palo) de poco más de un palmo de largo, que se llama “el cogeor”. El papel de este vástago de hierro y palo, que por un extremo va colgado de una abrazadera a la muñeca del operario que lo coge, es servir a un tiempo de asa y de palanca para extraer los espartos de los cañones en que están embutidos en la base de la atocha.

El manejo del “cogeor” es muy sencillo, pues se reduce a reunir con una mano una porción del esparto que sale de la atocha y dar a esta porción de espartos unidos por las puntas una vuelta sobre el cogeor. Se tira hacia arriba con fuerza, sujetando con una mano el vástago y con la otra las puntas de los espartos apresados en la vuelta, y el esparto cede a la tracción y se desprende de la atocha, produciendo al desprenderse un sonido semejante al de pasar un dedo sobre las púas de un peine.

Cada vez que el operario realiza esta maniobra de rejuntar una porción de espartos por las puntas, rodearlo al cogeor y tirar con fuerza, se encuentra con un manojo de esparto cogido en la mano. Repitiendo esta misma operación sobre cientos de atochas, y a lo largo de diez o doce horas de agotadora labor, el operario en cuestión puede reunir unas cuantas arrobas y sacarse un jornal medio regular. Depende a cómo se pague la arroba de cogida.

El esparto es una planta de cosecha anual y, por tanto, hay que cogerlo todos los años en su época de madurez, que es en verano y otoño. Por lo general, después de la siega de cereales.



Picaera y maza de picar esparto

Es mucho el que hay que coger en las provincias de Murcia y Almería, que son las más pobladas de espartizales, y para esa tarea es tradicional que acudan en tiempo oportuno los cogedores o “esparteros” de las provincias limítrofes, principalmente de Jaén y de Granada.

Estos “esparteros”, al igual que los “segaeros” que también acuden a esta tierras los años de cosecha de cereales, van en cuadrilla a las órdenes de un capataz o “manijero” que hace las veces de director de equipo, que por regla general está integrado por individuos de un mismo pueblo o paraje, que suelen estar más o menos emparentados entre sí, lo que sin duda alguna hace más llevadera su convivencia en pleno monte lejos del hogar. Mientras dura la temporada de cogida, las cuadrillas de esparteros viven al aire libre, sobre el propio terreno de las fincas donde realizan su trabajo.

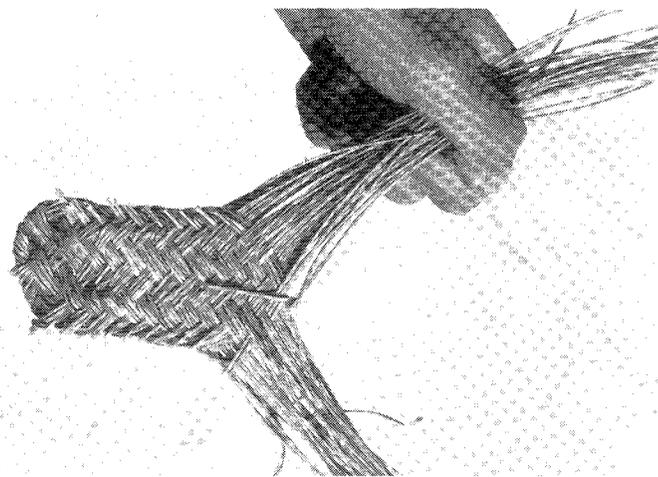
Estas cuadrillas no suelen pasar de una docena de hombres cuando más, mezclados de todas las edades, y todo su equipaje se reduce a la ropa que llevan puesta y alguna prenda de remuda; una manta

o dos por cabeza, que les sirve para taparse de noche, ya que duermen al raso en el propio monte, y que de día les sirve para tapar los haces de esparto que van cogiendo, a fin de evitar que el sol los reseque y pierdan peso.

Equipo complementario e indispensable de toda cuadrilla de esparteros ambulantes es siempre un par de burros o burras que sirvan para transportar el equipaje y los trastos de cocinar en sus traslados, pero que su principal objeto es el de transportar, al final de cada día, los haces de esparto cogidos por el grupo, desde el monte hasta el lugar donde se instale la romana para pesarlo y la palva para depositarlo. Este depósito suele establecerse cerca del cortijo de la finca.

Se puede decir que los burros que llevan los esparteros sólo trabajan una hora al día, cuando acercan el esparto a la romana. El resto del tiempo se lo pasan sin dar golpe, paciendo a su antojo en el monte o sesteando bajo el árbol que les pille más cerca. Bien es verdad que tampoco se comen el pienso de balde, puesto que no ven ninguno de mano de sus dueños, y todo lo que comen se lo tienen que buscar ellos por su cuenta en el monte. Afortunadamente, la atocha, que es una gramínea, echa una especie de espiga que se llama atochón, y que lleva la semilla de la planta, y éste es un pienso muy nutritivo que ellos comen con avidez.

La cuadrilla de esparteros que ha venido a coger el esparto de la finca en la que me encuentro, ha instalado su campamento debajo de un grupo de almendros grandes y frondosos que hay en un llano cercano al cortijo. Ya han estado aquí otros años y conocen el sitio que es cómodo para ellos, pues tiene buena sombra y está a mitad de camino entre la casa y el aljibe que les surtirá de agua. No necesitan más para su arreglo. Debajo de los almendros guisarán, comerán, descansarán de día y dormirán de noche sobre lechos improvisados de esparto viejo.



Pleita de 12 ramales

Llegados a este punto, hay que aclarar que las cuadrillas de esparteros, si bien tienen una organización similar a las cuadrillas de segadores, y actúan de la misma forma danzando de una finca en otra, realizan en cambio su trabajo en condiciones totalmente distintas. Los segadores trabajan a jornal fijo estipulado de antemano y van a "mantenidas"; o lo que es igual, hay que darles de comer. Los esparteros, por el contrario, trabajan a destajo, sin jornal estipulado, y van a "secas"; es decir, sin comida a cargo del patrón. La comida tienen que gobernársela ellos por su cuenta y cargo.

Quiero decir esto que así como los segadores tienen un estrecho contacto con las familias de los cortijos donde siegan, puesto que comen y duermen en ellos, los esparteros, en cambio, apenas tienen roce con la gente de los cortijos, porque mientras están en la finca hacen vida independiente. Ellos se organizan sus comidas en el lugar de acampada, comprando el suministro donde mejor se les ofrezca, y en lo único que dependen de la finca es en el

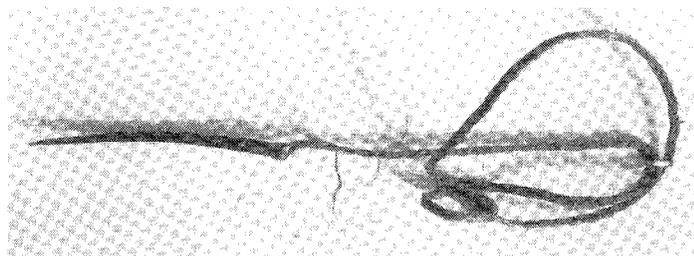
suministro de agua, que por costumbre debe facilitar el dueño del esparto.

El manijero de los que han venido hoy se llama Luis y conoce al tío Juan de años anteriores. Ha llegado al cortijo antes de acampar a su gente para pedirle permiso y la llave del aljibe para sacar agua, de paso le ha comprado a la tía Concepción patatas, pimientos y tomates para la cena. Una hora más tarde, veíamos donde la puerta del cortijo a los diez miembros de la cuadrilla cenando bajo el almendro.

Los esparteros comienzan su tarea muy temprano, con la fresca, después de tomar un bocado para no ir en ayunas al tajo. Le dan un avance al monte hasta la hora del almuerzo, que suelen hacer sobre el mediodía, más tarde que los segadores, pero es porque no hacen la merienda-cena que hacen éstos a media tarde, sino que esperan a cenar al terminar la jornada, pero aún con luz del día. Durante el almuerzo reponen fuerzas y descansan un rato, aunque el descanso es relativo, pues aunque están sentados debajo de los almendros, sus manos no paran de hacer sogas para amarrar después el esparto cogido.

Siempre va un mañoso en la cuadrilla que se ocupa de guisar, comprar viveres y portear el agua mientras los otros trabajan, de forma que, cuando dicen de parar para comer, van todos derechos a la fuente o a la sartén que ya está lista para meter la cuchara. Traen un equipo de cocinar muy simple, pues se compone, por lo que he podido apreciar en una visita a su campamento, de una olla grande de barro, una cazuela, un lebrillo, dos o tres fuentes de chapa esmaltada, un mortero grande con su maza y un par de raseras. Con reducido menaje les sobra para hacer pucheras, potajes, migas y fritangas de patatas con pimientos, amén de ensaladas y gazpachos. El pan y el vino lo compran en el pueblo.

El papel del manijero en las cuadrillas de esparteros es el mismo que en las cuadrillas de



Aguja para coser pleita

segadores. Ellos tienen a su cargo el trato con los dueños del esparto, que pueden ser los propietarios de las fincas o los negociantes de esta fibra que compran el esparto en pie, organizan el acomodo y el abastecimiento y dirigen el trabajo del grupo en el monte. También se ocupan de las cuentas diarias y de la liquidación final.

La cogida del esparto se hace a tajo parejo; es decir, que se toma una franja de terreno del espartizal, de anchura proporcionada para que cada hombre cubra un frente de cuatro o cinco metros, según el espesor de las atochas y lo cargadas que estén de esparto. Colocados todos los esparteros en línea en el punto de arranque, van avanzando y cogiendo esparto hasta llegar al final de la bucha o sector de monte atacado. A medida que van avanzando en su trabajo, cada uno va dejando tras de sí una fila de manadas de esparto atadas. Estas manadas, que tienen el grosor que abarcan las dos manos, y de ahí viene su nombre, las van recogiendo a su regreso al punto de partida para formar con ellas haces de un quintal de peso aproximadamente.

Si hay árboles cercanos, estos haces, bien atados, van a parar a la sombra de los mismos y, si no hay árboles, se amontonan y se cubren lo mejor posible con mantas y jarapas para evitar que el sol los reseque y merme el peso. El evitar que el esparto pierda peso por evaporación es de suma importancia para los

esparteros, ya que su jornal depende precisamente del peso que dé el esparto cogido al llevarlo a la romana.

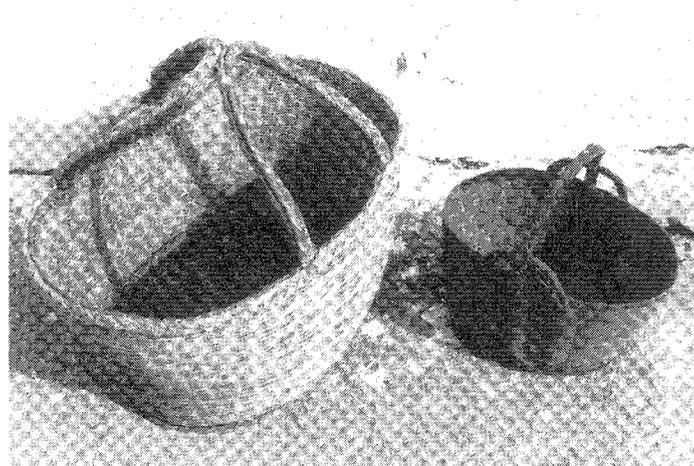
Un manojo de esparto, cogido por la mañana y dejado a pleno sol durante el día, puede muy bien perder hasta un veinticinco por ciento de su peso original. De aquí el mucho interés que tienen los esparteros de resguardar sus haces del sol y del viento.

Una vez recogido y atado el esparto de la primera bucha de monte, se inicia la cogida en la segunda y después en las sucesivas, pero manteniéndose los esparteros en el mismo orden de posición que adoptaron la primera vez, sin alterar los puestos, salvo en caso de necesidad.

El mantenimiento de este orden tiene por objeto hacer un reparto lo más equitativo de los tajos, de forma que todos los miembros de la cuadrilla tengan las mismas oportunidades de coger partes buenas y malas de monte, que, naturalmente, nunca es uniforme en su relieve, ni ofrece en todas partes la misma densidad de atochas. Normalmente en las vaguadas y depresiones del terreno, las atochas son más frondosas y dan mayor cantidad de esparto con el mismo esfuerzo de cogida. Es evidente pues, que de no llevar este orden en los puestos, cada espartero procuraría abrir tajo en lo mejor del monte, perjudicando a sus compañeros.

La misión del manijero es precisamente la de ordenar esta posición de los miembros de su equipo para evitar el floreo de las atochas, y si por las características especiales del monte observa desventaja notable para algún cogedor en la franja que le ha tocado en suerte, procura corregir la falta en la bucha siguiente, asignándole un puesto con mejores perspectivas.

Al final de la jornada, un par de horas antes de ponerse el sol, se hace la recogida general, y es entonces cuando entran en acción los burros que traen los esparteros, sobre cuyos lomos han de viajar



Cestos de peine

los haces de esparto desde el lugar de la cogida al punto donde se sitúa la romana para pesarlos, que en este caso que nos ocupa es un llano que hay detrás del cortijo lindando con el camino vecinal.

Dije antes que los burros de los esparteros solo trabajan una hora al día; pues bien, ahora tengo que decir que en esa hora trabajan como burros, y nunca mejor aplicado el dicho. Para ganar tiempo y ahorrarse viajes del monte a la romana, les cargan hasta tres haces de esparto, lo que supone echarle al lomo algo así como 150 kilos. Los pobres animales llegan a la palva echando el bofe.

El peso se hace con romana al aire libre, utilizando un palo que sostienen dos hombres por los extremos para levantar a pulso los haces, mientras otro atiende a la romana. La unidad de peso no es el kilo, sino la libra, la arroba y el quintal castellano. De esto de los pesos y medidas trataré en otra crónica.

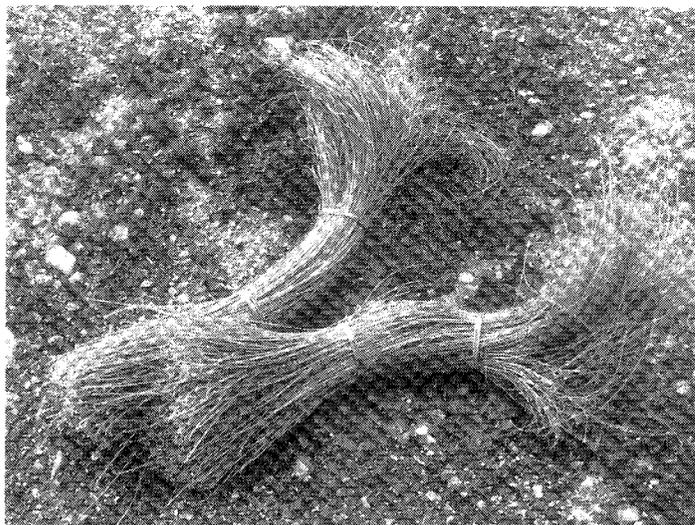
Cada espartero pesa su esparto con independencia de los demás, pero el manijero, que presencia siempre el pesaje, lleva una libreta con la

cuenta de todos los pesos y esta cuenta, que es gemela a otra que lleva el encargado de la romana, es la que sirve después para hacer la liquidación del importe de la cogida.

Conviene aclarar que aunque las cuadrillas de esparteros trabajan en equipo y hacen vida en común distribuyéndose por igual los gastos de mantenimiento, el producto del trabajo no va a un fondo común para luego distribuirlo en partes iguales, sino que cada miembro de la cuadrilla lleva cuenta aparte del esparto que coge, y cobra luego su importe de acuerdo con las arrobas que haya pesado.

El método es absolutamente equitativo, ya que da a cada cual lo suyo y evita el posible aprovechamiento por parte de los menos diestros o menos activos, del trabajo de los más activos y eficientes.

El jornal que puede sacar un espartero depende de muchos factores, siendo el más importante la situación del monte: terreno quebrado o llano, espesor de las atochas y carga de esparto en las mismas. También influye el precio a que se pague la cogida, que se estipula a tanto por arropa. De todos modos, un buen espartero al que le cunda la cogida puede obtener fácilmente un jornal doble al normal de los braceros agrícolas. Claro que el trabajo es también mucho más duro y solo es superado por el de segar. Esto explica el porqué estos hombres se desplazan todos los años, lejos de su hogar y de su familia, para vivir en el monte poco menos que como desterrados. En ese par de meses de sacrificio y trabajo intenso, resuelven la papeleta del invierno en su tierra, donde normalmente no tienen trabajo.



Manojos de esparto